www.elboomeran.com

WILFRID S. BLUNT

Historia secreta de la ocupación inglesa de Egipto

Traducción de Miguel Ángel Herranz

Editorial
Belvedere

www.elboomeran.com

Título original: *The Secret History of the English Occupation of Egypt*

Primera edición: abril 2022

© de la traducción: Miguel Ángel Herranz
© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.
Sociedad Unipersonal
Apartado de Correos 7191
28022 Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-3-6
Depósito Legal: M-7841-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

www.elboomeran.com

Nota del editor

Wilfrid Scawen Blunt no era historiador. Era poeta. Y esta es una obra escrita por un autor que muestra más simpatía por el nacionalismo árabe que por el imperialismo británico. Esta basada en sus cartas (de las que su mujer se encargaba de hacer copias), documentos y en su propia memoria. De ahí que el libro contenga ciertas incorrecciones con respecto a las fechas, como puede ser la ascensión al trono del jedive Ismail en 1860, que tuvo lugar tres años más tarde, y ciertos juicios subjetivos que muestran valoraciones sobre el comportamiento de los líderes nacionalistas, en especial de Orabi.

Aun así, *Historia secreta de la ocupación inglesa de Egipto* es un clásico de la literatura británica. A pesar de haber transcurrido más de cien años desde su publicación y de conocer detalles entonces desconocidos de la ocupación, el libro describe con una gran minuciosidad todo el proceso que condujo a Gran Bretaña a establecer un condominio en Egipto. El autor vivió de primera mano los acontecimientos y conoció personalmente a la mayoría de los principales actores de la historia.

Por lo que respecta a la lengua árabe, esta no ha dejado nunca de ser la lengua del islam, pero la colonización política trajo consigo cierta colonización lingüística. Egipto formaba parte del Imperio otomano, había sido conquistado por los franceses y, posteriormente, Gran Bretaña estableció un condominio. Todo ello influyó en su lengua.

Para la traducción del árabe, cabe señalar que el libro original en inglés está repleto de nombres propios y comunes árabes, transcritos según la estandarización fonética de este idioma. Ante la ausencia de una estandarización científica se ha optado por la transcripción a la grafía española de una forma sencilla, sin diacríticos, para facilitar así la lectura al lector castellanohablante, pero también permitiendo al conocedor de la lengua árabe el reconocimiento de la palabra original.

www.elboomeran.com

Prefacio al manuscrito de 1895

Deseo dejar constancia de forma sucinta y tangible de los acontecimientos que han llegado a mi conocimiento referente al origen de la ocupación inglesa de Egipto, no necesariamente para su publicación ahora, sino como un documento disponible para la historia de nuestros tiempos. En un momento dado, desempeñé un papel en cierto modo relevante, y durante casi veinte años he sido un espectador cercano e interesado del drama que se estaba representando en El Cairo.

Puede ser, también, que la cuestión egipcia, aunque ahora esté quiescente, se recupere inopinadamente de ahora en adelante de alguna manera urgente, requiriendo de los ingleses una nueva revisión de su posición en Egipto, tanto política como moral; y deseo tener a mano y listo para esclarecerles todo el material que poseo. Los expondré tan claramente como pueda, con los documentos en forma de cartas y diarios que pueda reunir para corroborar mis pruebas, sin ocultar nada y diciendo toda la verdad tal y como la conozco. No siempre es en los documentos oficiales en donde se leen los hechos más verdaderos de la historia, y está claro que en el caso de Egipto, donde las intrigas de todo tipo han sido tan comunes, el estudiante honesto necesita ayuda para comprender los documentos parlamentarios publicados.

Finalmente, será de utilidad para los egipcios, si alguna vez logran restablecerse como nación autónoma, que constaten el testimonio de alguien que sabe que es su sincero amigo en lo que respecta a temas de opacidad diplomática que hasta el día de hoy no logran comprender. Mis relaciones con Downing Street necesitan ser contadas al detalle si los egipcios han de apreciar en alguna ocasión las causas exactas que condujeron al bombardeo de Alejandría y a la batalla de Tell el-Kebir, mientras que la justicia para con el líder de su «rebelión» exige que yo ofrezca un relato detallado del juicio de Orabi, que todavía se presenta para la mentalidad de algunos

www.elboomeran.com

egipcios como para la de todos los franceses, a la luz de una comedia preestablecida concebida para proteger a un traidor. No es bueno dejar que la verdad prevalezca sobre la mentira, y la historia está llena de calumnias que han quedado sin rebatir, y de ingratitudes que las naciones han mantenido hacia sus hijos más nobles.

Shayj Obeyd, Egipto
1895

www.elboomeran.com

Prefacio a la edición de 1907

Desde que se escribió el primer y breve prefacio de mi manuscrito, hace doce años, han sucedido acontecimientos que parecen indicar que finalmente ha llegado el momento previsto en él en el que, en beneficio del público y sin riesgo de graves indiscreciones en cuanto a las personas se refiere, se puede dar a conocer al mundo toda la verdad.

El manuscrito original ya había sido revisado a fondo en 1904, y en su parte meramente egipcia remodelado bajo circunstancias que aumentan grandemente su valor histórico. Mi viejo amigo egipcio, el shayj Mohamed Abduh, a quien tanto se menciona en el libro, había fijado su residencia de descanso muy cerca de la mía, Shayj Obeyd, por lo que le trataba casi a diario, una muy preciada circunstancia de la que no dejé de sacar el máximo partido. El gran filósofo y patriota —que desgraciadamente ya hemos perdido, puesto que murió en Alejandría el 11 de julio de 1905, día del vigésimo tercer aniversario del bombardeo de esa ciudad—, tras muchas vicisitudes de buena y mala suerte, había llegado en el año 1899 al máximo cargo en Egipto de gran muftí, y habiendo conseguido de esta manera una área de influencia más amplia que nunca con sus compatriotas, tenía presente legarles un relato real de los sucesos de su tiempo, sucesos que habían llegado a ser extrañamente malinterpretados por ellos, y revestidos de leyendas absolutamente absurdas y fantasiosas.

Me hablaba a menudo acerca de este asunto, lamentando su falta de tiempo libre para terminar su obra histórica, y cuando le hablé de mis propias memorias, me instó encarecidamente a que las publicara, si no en inglés sí al menos en árabe con su ayuda, y se comprometió a redactarlas conmigo y a comprobar que la parte que se refiriese a asuntos de los que él tuviese conocimiento se contara con precisión y a fondo. Habíamos sido amigos personales y aliados políticos casi desde mi primera visita a Egipto, y con su jardín contiguo al mío fue un asunto fácil trabajar juntos y comparar nuestros recuerdos de las

www.elboomeran.com

personas y de los asuntos que habíamos conocido. Fue así como mi historia de una época tan memorable para ambos cobró forma definitiva, y pude (¡felizmente!) terminarla y obtener de él su visto bueno e imprimátur antes que su inesperada muerte cerrara definitivamente la principal fuente de conocimiento que, indudablemente, era la del movimiento político que llevó a la revolución de 1881, y de las intrigas que la echaron a perder al año siguiente.

La muerte del muftí, un duro golpe tanto para mí como para Egipto, postergó para siempre nuestro plan de publicarlo en árabe, y hasta este año tampoco ha parecido que sea políticamente maduro el momento de presentar mi trabajo en inglés. Sin embargo, los sucesos de 1906, y ahora la retirada de lord Cromer de la escena egipcia, han cambiado tanto la situación que creo que no debo demorarlo por más tiempo, al menos por lo que respecta al deber con mis propios compatriotas. Nosotros, los ingleses, nos enfrentamos hoy, en nuestra relación con Egipto, a un problema muy similar al que malinterpretamos y con el que cometimos un estrepitoso error hace una generación, y si aquellos de nosotros que somos responsables de las decisiones públicas queremos, en los términos de mi primer prefacio, «reexaminar la situación que allí tienen, política y moral», honestamente o de cara a algún beneficio, es necesario que primero les expongamos el pasado tal y como fue y no como se les ha presentado durante tanto tiempo mediante los falaces documentos de sus *Blue Books*.[1] Probablemente no me equivoque si afirmo que ni lord Cromer en El Cairo ni sir Edward Grey en nuestro país, ni el sucesor de lord Cromer, sir Eldon Gorst, poseen un conocimiento exacto de lo que sucedió en Egipto veinticinco años atrás, a pesar del tardío reconocimiento del movimiento reformista de 1881 y de su panegírico sobre el shayj Mohamed Abduh repetido tan recientemente como en su último informe anual. Cabe recordar que lord Cromer no estuvo en El Cairo en ninguna de las fases del periodo revolucionario pormenorizadas en este libro y, hasta hace muy poco, siempre ha asumido que la «verdad oficial» con respecto a este es la única verdad.

Por este motivo, he decidido finalmente publicar, dando el texto de mis memorias tal y como fue terminado en enero de 1905, el mismo texto al que mi amigo dio su aprobación, suprimiendo solo algunos breves pasajes que me siguen pareciendo demasiado personales en lo que respecta a personas que siguen vivas, y que se podrían eliminar sin perjudicar el valor histórico completo de la

[1] Libros en los que quedan registrados las estadísticas o informes oficiales del Gobierno que publica cada año. *(N. del T.)*

www.elboomeran.com

obra. Puedo decir con sinceridad que mi gran objetivo de todo lo que he escrito ha sido revelar la *verité vraie* tal y como la he conocido por la historia errónea.

Si hay algún otro motivo en mí, debe buscarse en una promesa hecha públicamente, hará tanto tiempo como en el número de septiembre del *Nineteenth Century Review* de 1882, de que algún día completaría mi personal *Apology* en relación con los acontecimientos entonces actuales. En aquel momento, en consideración a Gladstone y con la esperanza de que aún pudiese reparar el daño que había infligido a la libertad en Egipto, me abstuve, frente a una gran deshonra, de exculparme a través de una completa revelación de las circunstancias enmascaradas que constituían mi justificación. No podría absolverme del todo sin contar acontecimientos técnicamente confidenciales, y decidí guardar silencio.

Hay, sin embargo, un límite a la obligación de reticencia debido a los funcionarios de los asuntos públicos, y confío en que mi abstención de un cuarto de siglo me perdone con unas mentes críticas justas si finalmente ahora logro que mi conducta sea totalmente transparente de la única manera posible para mí, esto es, mediante una exposición completa y pormenorizada de todo el drama de la intriga financiera y la debilidad política tal y como me fue revelado en su momento, corroborándola con los documentos contemporáneos que aún conservo. Si la sensibilidad de algunas personas con altos cargos se ve afectada por una narración demasiada honesta, solo puedo responder que la necesidad de expresión me ha venido por su propia pertinaz falta de franqueza y generosidad. Durante todos estos años, ninguno de los que conocían la verdad ha dicho una palabra de confesión en mi favor. Bastará si cito a Raleigh:

Ve, alma, el huésped del cuerpo,
a un mandado ingrato.
No temas abordar lo mejor,
la verdad será tu permiso.
Entonces ve, pues debes morir,
y transmite al mundo la mentira.

Wilfrid Scawen Blunt
Newbuildings Place, Sussex
Abril de 1907

www.elboomeran.com

1

Egipto bajo Ismail

Mi primera visita a Egipto tuvo lugar en el invierno de 1875-1876, cuando pasé unos meses placenteros como turista en el Bajo Nilo. Sin embargo, antes de pormenorizar mis impresiones del primer contacto que tuve con el pueblo árabe, también podría, en beneficio de este y en el de los lectores foráneos en general, dedicar unas palabras para explicar lo que fue mi anterior vida en la medida en que esta estuvo relacionada con asuntos públicos. Les mostrará la posición exacta que ocupaba en mi propio país, y les ayudará a comprender cómo llegué gradualmente a mostrar interés por la política, en la que empecé como simple testigo de lo que estaba teniendo lugar en su país, y que seis años después acabé tomando parte activa en la revolución que se desarrolló entre ellos. En la fecha de esta primera visita yo ya tenía treinta años, y había conocido a todo tipo de personas y situaciones.

Empecé mi vida política a una edad muy temprana. Al pertenecer a una familia de la aristocracia terrateniente del sur de Inglaterra con sólidas tradiciones conservadoras, y vinculada con algunos de los entonces líderes *tories*, a los dieciocho años me colocaron en el cuerpo diplomático. Primero como agregado en la legación británica de Atenas, donde el rey Otón I aún seguía en el trono de Grecia, y más tarde, durante un espacio de tiempo de doce años, como miembro de otras legaciones y embajadas en diversas cortes europeas, en todas las cuales aprendí algo de mi profesión, me lo pasé bien e hice amigos. Así pues, entre 1859 y 1869 estuve varias semanas en Constantinopla durante el reinado del sultán Abdülmecit I, un par de años en la Alemania de la Confederación Germánica, unos años en España bajo el reinado de Isabel II y otro en París, en el momento álgido del prestigio del

www.elboomeran.com

emperador Napoleón III. También pasé un tiempo en la República de Suiza, en Sudamérica y en Portugal. Guardo agradables recuerdos diplomáticos de todas partes, pero lo son sin un interés o importancia política especial de ninguna naturaleza oficial.

Nuestra diplomacia inglesa en aquella época, los años posteriores a la guerra de Crimea, y que tanto había disgustado a los ingleses con aquellas aventuras en el extranjero, era muy diferente de lo que ha sido desde entonces. Era básicamente pacífica, carente de agresividad y desprovista de aquellas sutilezas que desde entonces le han granjeado una reputación de astucia en detrimento de la honestidad. El fervor oficial estaba en retroceso en el servicio público, y no había nada más seguro para desacreditar a un diplomático del Foreign Office que un intento, por muy loable que fuese, de plantear cualquier pregunta de forma que exigiese una respuesta pública. A los agregados y secretarios subalternos se nos dio a entender claramente que no era asunto nuestro inmiscuirnos en la política de las cancillerías en las que estábamos acreditados, sino simplemente teníamos que granjearnos la simpatía de la sociedad y divertirnos, de forma decorosa a ser posible, pero en todo caso contrariamente a cualquier forma seria. No exagero al afirmar que en los doce años de mi vida diplomática se me pidió que no cumpliera ningún cometido de la más mínima importancia profesional. Este desalentador *régime* me provocó, mientras estuve en el servicio, una absoluta repulsión por la política, y no fue hasta mucho después, bajo condiciones muy distintas y en circunstancias absolutamente accidentales, que acabé por prestarle una dedicada atención hacia ella. Mis actividades como agregado fueron el placer, las relaciones sociales y la literatura. Escribía poemas, no despachos, y aunque a nivel diplomático asistí en aquella época a algunos acontecimientos importantes en Europa, fue con espíritu de espectador más que como de actor, y de uno admitido a duras penas entre bambalinas. Mi boda se celebró en 1869, y pronto le seguiría la muerte de mi hermano mayor. Este hecho me convirtió en heredero de las propiedades familiares de Sussex y me retiré sin pesar de mi servicio público para atender asuntos privados que siempre me interesaron más.

A pesar de mi temprana relación con el Foreign Office, esta nunca se prorrogó oficialmente, sino que se mantuvo en términos amistosos en calidad de alguien retirado honrosamente del servicio. Esto y mi experiencia en las cancillerías y capitales del extranjero demostraron más adelante ser de no poco valor para mí cuando nuevamente me vi arrojado accidentalmente

www.elboomeran.com

al devenir de los asuntos internacionales. Saqué provecho del conocimiento profesional de la maquinaria de la política exterior y, lo que era más importante, de conocer personalmente a muchos de los que allí trabajaban. Algunos de ellos habían sido íntimos amigos míos. Así que desde el principio me ví en la compañía oficial de lord Currie, que durante muchos años dirigió la política permanente del Foreign Office, sir Henry Drummond Wolff, sir Frank Lascelles, sir Edward Malet, lord Dufferin, lord Vivian y sir Rivers Wilson, todos ellos estrechamente ligados más adelante con la creación de la historia egipcia, junto con lord Lytton, que sería virrey de la India en los años inmediatamente anteriores a la crisis de 1881. También me codeé con diplomáticos extranjeros como Nelidov, embajador ruso en Constantinopla, el barón Haymerly, que murió cuando era primer ministro del Imperio austríaco, y monsieur Staal, embajador ruso en Londres durante veinte años. Con todos ellos me encontraba en términos de amistad mucho antes de que yo realizara mi primera visita a Egipto, puedo hablar de ellos y juzgarles con pleno conocimiento de sus personalidades a nivel individual. Habiendo pertenecido, por decirlo de alguna manera, al sacerdocio, no podría dejarme engañar por las habituales faltas de sinceridad, que es el recurso habitual de la diplomacia, o confundir una actuación de política pública que a menudo no dejaba de ser simplemente personal. La gente que carece de experiencia diplomática cree con demasiada facilidad que los grandes acontecimientos de la historia mundial se producen como resultado de un elaborado proyecto político y no como son realmente en la mayoría de los casos, que dependen de casualidades y de la fortaleza o flaqueza personal, en ocasiones del capricho personal, del personal empleado.

Después de retirarme del servicio, los primeros años los dediqué por entero a mis asuntos privados y, como ya he dicho, mi mente viró poco a poco hacia la política por casualidad. En 1873, con una salud regular, y para escapar de una primavera tardía en Inglaterra, mi esposa y yo realizamos nuestro primer viaje juntos a tierras orientales. Viajamos a Constantinopla vía Belgrado y el Danubio, donde vimos a sir Henry Elliott en la embajada y reanudamos la amistad con otros amigos relacionados con la misma. Entre ellos estaba el doctor Dickson, del que hablaré más adelante con respecto a la trágica muerte del sultán Abdülaziz, que me atendió con gran amabilidad durante un ataque agudo de neumonía que allí padecí, y por quien tenía un sincero aprecio. Por aquel entonces, el Imperio otomano disfrutaba de un período de relativa calma previa a la tormenta que pronto se desencadenaría

www.elboomeran.com

sobre él, y sus disputas internas me preocupaban bien poco. Sin embargo, en aquel momento, al igual que las de la mayoría de los ingleses de la época, simpatizaba más con los turcos que con los cristianos del Imperio. Cuando me recuperé de la infección, compré media docena de caballos de carga en Atmeidan, el mercado de caballos de Estambul. Con ellos nos trasladamos a Scutari donde pasamos seis deliciosas semanas estivales deambulando por las colinas y por los campos de amapolas de Asia Menor, lejos de las rutas más frecuentadas y viendo tanta vida campesina turca como pudiese permitir nuestra total ignorancia de su idioma. Nos quedamos impresionados, como todo viajero, con la sincera bondad de este pueblo y la maldad de su Gobierno. Esto último lo juzgamos a raíz de lo que vimos con las formas que tenían los *zaptiyes*, nuestra escolta semimilitar, a los que se les consideraba soldados en un país invadido. Ahora bien, resultó evidente que a pesar de una gran presión fiscal, en Turquía, los pobres gozaban de una gran libertad personal, la cual no contrastaba desfavorablemente con nuestra propia policía y una Inglaterra dominada por los magistrados. La verdad es que la red administrativa de todo el Este es de malla ancha, con innumerables jirones por los que todos pueden escaparse excepto los peces más gordos. En épocas estables ni siquiera se persigue a los que son absolutamente indigentes. Recuerdo haber dicho a algunos campesinos, que se me habían quejado, por medio de mi dragomán armenio, de las dificultades en su día a día a manos del Gobierno, que había países en condiciones aún peores que las suyas donde incluso si un pobre se ponía junto a la carretera para juntar unas cuantas ramas para prepararse la comida, corría el riesgo de que al día siguiente le llevaran ante el cadí y le llevaran a la cárcel; y recuerdo que los que me escuchaban rehusaban creérselo o que tal gran tiranía existiese en algún lugar del mundo. La conclusión que extraigo de este incidente es la reflexión política más temprana que pueda recordar con relación a los asuntos de Oriente.

El invierno siguiente, es decir, los primeros meses de 1874, lo pasamos en Algeria. Aquí asistimos a otro espectáculo que dio pie a la reflexión: la de un pueblo oriental sometido violentamente a uno occidental. La guerra que Francia acababa de librar con Alemania fue seguida por una revuelta árabe en Algeria que se había extendido hasta los arrabales de Argel, por lo que los nativos musulmanes estaban experimentando en aquel momento la extrema intolerancia de la represión cristiana. Esto se notó más en los barrios colonizados, la colonia propiamente dicha, donde la administración civil aprovechaba la rebelión para confiscar propiedades nativas y favorecer a los

www.elboomeran.com

colonos francos[2] a costa de los nativos en todos los sentidos. Con todo mi cariño por los franceses (estuve en París durante la guerra y fui un entusiasta de su defensa en el momento del asedio), en Algeria todas mis simpatías se encaminaron hacia los árabes. En el Sáhara, al otro lado del Atlas, donde predominaba el dominio militar, las cosas estaban algo mejor, puesto que la mayoría de los oficiales franceses apreciaban las cualidades más nobles de los árabes y despreciaban la variada bribonería de Europa —española, italiana y maltesa al igual que la de sus propios compatriotas— que constituía la «colonia». En aquella época, las grandes tribus del Sáhara aún eran económicamente pudientes, y conservaban no poco de su antiguo orgullo de independencia que los militares no podían sino respetar. Vimos a estos nómadas y su vigoroso estilo de vida en el Yebel Amur, y lo que vimos nos deleitó. Escuchamos sus cánticos elogiando a su desaparecido héroe Abd el-Qader y, aunque no entendimos bien del todo muchas cuestiones debido al desconocimiento de su lengua, los admirábamos y los compadecíamos. Por un lado, el contraste entre sus bucólicas nobles vidas con sus rebaños de camellos y caballos y una vida de larga tradición repleta de hazañas heroicas; y, por otro, la innoble suciedad de los colonos europeos con sus tabernas y sus cerdos. Era algo que no se nos podía escapar o no podía dejar de despertar en nosotros una sensación de irritación por la incongruencia que ha hecho de estos últimos los señores de la tierra y de los otros sus sirvientes. Fue una nueva lección política que me tomé muy a pecho, aunque sigo sin considerarla como algo personal.

Así había sido la formación inicial de mi vida, y así sus principales circunstancias cuando, como ya he dicho, en el invierno de 1875-1876 visité por primera vez Egipto. La otra cuestión que puede que merezca aquí una breve explicación a los lectores de habla no inglesa, una cuestión que en Europa recibirá su pleno reconocimiento, es el hecho de que mi esposa, lady Anne Blunt, que me acompañó en todos estos viajes, era nieta de nuestro gran poeta nacional, lord Byron, y heredera, en cierto sentido, de las simpatías por la causa de la libertad en Oriente, las cuales no dejaron de tener consecuencias sobre nuestros actos posteriores. Ante los acontecimientos de 1881-1882, nos pareció que abogar por la causa de la libertad árabe sería un esfuerzo tan noble como aquel por el que Byron había muerto en 1827. Sin embargo, hasta la fecha, 1875, ninguno de nosotros había pensado en un viaje a Egipto más allá de otra agradable aventura de viajar por tierras orien-

[2] Apelativo que se empleaba para definir a cualquier nativo de Europa occidental. (*N. del T.*)

www.elboomeran.com

tales. Cuando salimos de Inglaterra planeamos entrar en Egipto por el sur, a través de Suakin, Kassala y el Nilo Azul, para así abrirnos camino hacia el norte hasta El Cairo en primavera; pero este viaje, por culpa de la cuestión, por entonces tan desafortunada para Egipto, de la campaña abisinia, nunca se llegó a realizar, y la única parte de nuestro plan que llevamos a cabo fue la de, en lugar de desembarcar en Alejandría, como acostumbraba hacer todo el mundo, continuar por el canal hasta Suez y poner allí pie en suelo egipcio.

La primera impresión que guardo de Egipto es la de nuestro paso por el lago Manzala el último día de 1875, que en aquella época era el hogar protegido de innumerables aves —un espectáculo absolutamente maravilloso de desbordante vida salvaje—, hacia un emplazamiento del Canal al norte de Ismailía. ¡Qué espectáculo! El lago Manzala todavía era una región prácticamente virgen, y las bandadas de flamencos, patos, pelícanos e ibis que lo cubrían, sobrepasaba toda creencia por su prodigiosa magnitud. Además, las aguas de los lagos y del propio Canal estaban llenas de vida con peces enormes y en tal cantidad que la proa de nuestro barco arrolló a muchos de pasada, mientras que por todas partes eran presas de águilas pescadoras y cormoranes que se posaban sobre los postes y boyas para otear. Me imagino que el hecho de dejar entrar al mar por primera vez a una tierra firme que nunca había estado cubierta por agua proporcionaba a los peces un banco de comida de una riqueza excepcional, beneficio que se ha perdido desde entonces. Pero es cierto que tanto los peces como los pájaros han disminuido tristemente desde hace tiempo, y parece poco probable que el magnífico espectáculo que vimos aquel invierno lo vuelvan a disfrutar los ojos de cualquier otro viajero.

Desembarcamos en Suez en los primeros días de 1876, y la noticia que nos dio la bienvenida fue la del gran desastre que había cogido por sorpresa al ejército egipcio en Abisinia.[3] Se desconocían los detalles generales, pero parecía ser que habían caído siete ortas, o divisiones de las tropas del jedive, mientras que circulaba el rumor de que el hijo del jedive, el príncipe Hasan, había sido capturado y mutilado por el enemigo, una exageración que fue desmentida más tarde, puesto que al príncipe, que no era más que un niño en aquella época, se lo habían llevado del campo de batalla de Kora a primera hora de la mañana, nada más empezar la retirada en desbandada, al igual que al propio Ratib Pachá, el general egipcio al mando, que estaba a cargo del príncipe. Sin embargo, Loringe Pachá, el americano, sí que perdió la

[3] La actual Etiopía. (*N. del T.*)

www.elboomeran.com

vida junto a miles de soldados, y el desastre puso punto final a la ambición del jedive Ismail de crear un imperio global en el Nilo. Esto afectó a nuestra pequeña ruta, al impedir llevar a cabo la idea que teníamos de hacer un pequeño viaje a Kassala, y tener que decidir inmediatamente por uno menos arriesgado por el Bajo Egipto.

Aun así, estábamos ansiosos por ver Egipto de una manera menos convencional que la de los turistas tradicionales, así que, como llevábamos nuestro equipo de acampada para el otro viaje, que era más largo, alquilamos camellos en Suez y fuimos a El Cairo por la antigua ruta de las caravanas. No es necesario que cuente muchas cosas con respecto a nuestro viaje a través del desierto. Los cuatro días que pasamos a solas con nuestros camelleros beduinos nos proporcionaron nuestras primeras lecciones en árabe —en Algeria habíamos dependido totalmente de un dragomán—, y también sentaron las bases de las relaciones con las tribus del desierto de Arabia que más adelante se hicieron tan agradables y cercanas. A la mañana del quinto día llegamos a El Cairo, recibidos a nuestra llegada a El-Abbasiyya por los silbidos de las balas disparadas por las tropas del jedive que estaban haciendo prácticas de tiro, puesto que por la noche acampamos, sin saberlo, justo detrás de los blancos y la puntería de los reclutas era muy dudosa, aunque no sufrimos daño alguno. En aquel momento, no pensamos en que alguna vez nos interesaríamos por los quehaceres de estos soldados como ejército de combate, y aún menos que algún día simpatizaríamos con ellos en una guerra contra nuestros propios compatriotas. Hasta ese momento, yo era partidario, aunque puede que entonces sin demasiado entusiasmo, de la típica creencia inglesa de que Inglaterra tenía una misión providencial en Oriente, y de que nuestras guerras simplemente se libraban por motivos honestos y humanitarios. Nada más lejos de mi parecer que nosotros, los ingleses, pudiésemos ser culpables, como nación, de una gran traición a la justicia armada para la guerra simplemente por meros intereses egoístas.

Tampoco preciso decir nada en concreto sobre El Cairo, donde pasamos aquel día sin detenernos más que lo justo para pedir nuestros documentos al Consulado. Nuestro objetivo era visitar las regiones y no perder el tiempo en una ciudad que ya era parcialmente europea, y pensamos en buscar una zona para acampar justo al otro lado del Nilo. Así que nos pusimos en marcha. No entendimos que nuestros camelleros nos suplicaran que desmontáramos y dejáramos que ellos y los camellos regresaran, o que debíamos darnos cuenta de que estábamos cometiendo una injusticia con ellos al obligarles a romper

www.elboomeran.com

la regla tribal que obligaba a los beduinos del desierto oriental cruzar al oeste. A pesar de sus protestas, proseguimos nuestro camino por el Puente Qasr el-Nil y la carretera que conduce a Guiza. Divisamos las pirámides y seguimos adelante con entusiasmo hacia ellas. Solo nos detuvimos por la tenue luz que nos sobrevino al atardecer junto a la pequeña aldea de *felahs* de Talbeya, la penúltima antes de llegar a las pirámides. Fue allí donde hicimos un alto en el camino y desmontamos por primera vez sobre la tierra negra del Nilo, todavía insuficientemente seca debido a las inundaciones otoñales.

La gente de bien de Talbeya, a su cordial manera *felah*, nos recibió con toda la hospitalidad que les era posible. Aunque vivían en la carretera turística que conducía a las pirámides, y acostumbraban a tratar a los viajeros francos como si fuesen presas, el hecho de que desmontáramos en su aldea para pasar la noche nos confirió el carácter de invitados, que ellos reconocieron de inmediato. De todos los europeos que durante años pasaron por su camino, ninguno se había detenido ante sus puertas. Así que nuestras relaciones con ellos fueron desde un principio amistosas, y la casualidad hizo que fuese una introducción para los siguientes viajeros cuando, tras pasar unos días entre ellos, nos pusimos de nuevo en camino. En aquel momento no tuvimos más remedio que quedarnos donde estábamos, puesto que por la mañana los beduinos se negaron a continuar ni una sola milla más con nosotros, y, tras recibir sus emolumentos, se fueron con sus camellos, por lo que tuvimos que buscar otros. Así que mi primera semana en Egipto estuvo marcada por la visita a los mercados de las aldeas colindantes en busca de las bestias necesarias y la compra de sillas de montar, agua, pieles y todo tipo de material para el consiguiente viaje.

En aquella época, los *felahs* vivían en un tremendo estado de pobreza. Era el primero de los tres últimos terroríficos años del jedive Ismail; Ismail Sadiq, el famoso *Moffetish*,[4] estaba en el poder; los obligacionistas clamaban por sus «cupones» y la hambruna estaba a las puertas de los *felahs*. En aquellos días era raro ver a un hombre en el campo con un turbante en la cabeza o con algo más que una camiseta a su espalda. Incluso en los alrededores de El Cairo, y aún más en El-Fayum, a donde nos dirigimos tan pronto como conseguimos los camellos, puedo dar testimonio de que ese era el caso. Los propios jeques de las aldeas apenas tenían una capa que ponerse. Dondequiera que fuésemos era lo mismo. Las ciudades de provincias, en los días de mercado, estaban repletas de mujeres vendiendo sus ropas y orna-

[4] Apodo de Ismail Sadiq que significa inspector. (*N. del T.*)

www.elboomeran.com

mentos de plata a los usureros griegos, porque los recaudadores de impuestos estaban en sus aldeas látigo en mano. Nosotros comprábamos sus baratijas, escuchábamos sus historias, y nos uníamos a ellos en sus maldiciones hacia un gobierno que los estaba esquilmando. Todavía no entendíamos, no más que los propios campesinos, que la verdadera causa de estas excesivas exacciones era la presión financiera de Europa; y echábamos la culpa, al igual que ellos, a Ismail Pachá y al *Moffetish*, Ismail Sadiq, sospechando levemente de nuestra parte inglesa de la culpa.

Los aldeanos eran bastante sinceros. En aquellos días, los ingleses eran populares en todos los países musulmanes porque se les consideraba libres de las líneas políticas del resto de los países francos, y a nivel individual eran más honestos que estos en sus relaciones comerciales. Concretamente, en Egipto estaban en cordial contraposición con las menesterosas aventuras del litoral mediterráneo —las de los prestamistas griegos, italianos y malteses—, que a los campesinos musulmanes les estaban chupando la sangre. A la aldea ya habían llegado rumores de una posible intervención europea, y la idea de esta, si iba a ser inglesa, era bien acogida. La verdad es que la situación existente era totalmente insoportable, y cualquier cambio era visto con regocijo como un posible alivio para el pueblo hambriento. Inglaterra, para los *felahs* en su actual estado de indigencia, robados, derrotados y pereciendo de hambre, aparecía a la luz de una providencia benévola y amistosa, muy rica y completamente desinteresada, un corregidor de injusticias y amigo de los oprimidos, de hecho, como solía ser precisamente el típico turista inglés, que iba de un sitio a otro con las manos tendidas y manifestaciones de solidaridad. No sospechaban del inmenso egoísmo comercial que nos había conducido, colectivamente como nación, a tantas agresiones sobre las razas oprimidas del mundo.

Como ya ha he dicho, en 1876 yo también era un ferviente devoto de la Inglaterra que compartía la extendida idea de la benevolencia de su gobierno en Oriente, y no tenía otro pensamiento para los egipcios que el que debían compartir con la India, que yo aún no había visitado, el privilegio de nuestra protección. «Los egipcios», escribí en mi diario en aquel entonces, «son un pueblo tan bueno y honesto como cualquier otro del mundo, es decir, que no se relacionan con las altas esferas. De estas no sé nada. Pero los campesinos, los *felahs*, poseen todas las virtudes para convertirse en una sociedad feliz y acomodada. Son alegres, trabajadores, respetuosos con la ley y preeminentemente sobrios, no solo con respecto a la bebida, sino también con las indulgencias a

www.elboomeran.com

las que la naturaleza humana es propensa. No son jugadores, ni alborotadores, ni libertinos; adoran sus hogares, sus esposas y sus hijos. Son buenos hijos y padres, y tratan bien a los animales indefensos, a los ancianos, a los mendigos y a los tontos. Carecen por completo de prejuicios racistas, y puede que incluso religiosos. Su principal defecto es el amor por el dinero, pero es un defecto que los economistas políticos de buena gana perdonarán… Sería difícil encontrar en otro lugar gente más capacitada para alcanzar el fin económico de la máxima felicidad para la máxima cantidad de personas. En política no aspiran más que a vivir y a dejar vivir, que se les permita trabajar y conservar el fruto de dicho trabajo, comprar y vender sin intromisiones y librarse de los impuestos. Han sido maltratados durante mucho tiempo sin perder por ello su bondad de corazón; tienen pocas virtudes llamativas; no son patriotas, ni fanáticos, ni generosos de modo romántico. Pero están exentos de vicios que llamen la atención. Todos trabajan para sí mismos, como mucho para su familia. No entienden el concepto del autosacrificio por el bien común, pero no tienen ningún deseo de esclavizar a sus semejantes. A pesar de la monstruosa opresión de la que son objeto, no hemos oído ni una sola palabra de revuelta, lo cual no proviene de ninguna supersticiosa estima por parte de sus gobernantes, puesto que no tienen prejuicios políticos; sino de que la revuelta no está en su naturaleza más de lo que pueda estar en un rebaño de ovejas. Aclamarían a la reina de Inglaterra, al papa o al rey de los Ashanti con el mismo entusiasmo si llegaran con el obsequio de un penique menos de impuestos por libra.»

Estas fueron mis primeras reflexiones acerca de Egipto a comienzos de 1876, no del todo erróneas, aunque estaba lejos de sospechar el desarrollo de las ideas políticas que ya estaban teniendo lugar en las ciudades. Tampoco comprendía toda la influencia que ejercían las finanzas europeas en los sufrimientos por los que estaba atravesando el campesinado. Sin embargo, a nuestro regreso a El Cairo en marzo, entreví el reverso de la moneda. La delegación financiera de Cave llegó durante nuestro viaje, y se instaló en uno de los palacios de Shubra Road, y me enteré de cosas acerca de su situación financiera a partir de sus miembros, uno de los cuales era un viejo conocido, Victor Buckley, del Foreign Office, y del coronel Staunton, nuestro Cónsul General. Poco después, sir Rivers Wilson, también amigo mío, que más adelante iba a jugar un papel destacado en los asuntos egipcios, se presentó en El Cairo y se unió al resto de los miembros de la delegación financiera. No necesito detallar aquí su informe acerca de la situación, pero ayudará a una comprensión del asunto si ofrezco un breve relato de ello y de cómo se designó su misión, la primera de su tipo en Egipto.